

Growing and Sharing in Jesus Christ “One Year Later”

Last year at this time, I was on the parish pilgrimage to the birthplace of Saint Aloysius and various other sites in Italy. While I wrote a number of reflections last year immediately after coming home, a pilgrimage is an event that impacts our lives for years to come. A true pilgrimage is not about the sites we see and the videos we share. A true pilgrimage is an encounter with God’s grace that unfolds over time and inspires us as we continue our faith journey. That is why a pilgrimage should not be undertaken every year, nor should it be described by the places we visit. In order to fully appreciate a pilgrimage, we have to see how it affects us after we come home, after the excitement of grand cathedrals and papal audiences has settled down.

One year ago, I felt privileged to say Mass at the birthplace of Saint Aloysius, the basilica of St. Peter, at the chapel of Campo Santo and in the catacombs of Saint Callixtus. When I celebrate Mass at our church, I am profoundly connected to the young man from Castiglione who gave up his fortune and title in order to respond to the call of the priesthood. He never became a priest. Instead, he died after caring for the poor and diseased in the streets of Rome. He died on the octave of the Feast of Corpus Christi, grateful for the ministry he had been given in caring for those abandoned because of the plague. As I celebrate Mass, I am more than ever grateful that the grace of priesthood was given to me and mindful of my responsibility to carry the Body of Christ to those who are abandoned today because of AIDS, human trafficking or undocumented immigration.

As I preach, I often remember that spot in the garden at Campo Santo where Saint Peter is known to have been martyred. I am inspired by the simple cross atop the great basilica bearing his name and I try to preach that one great truth which binds together all of humanity in the mystery of God’s love: the cross is the love which brings life to the world.

As I bend to kiss the altar, venerating the relic of Saint Aloysius which is placed there, I am united to that day when I said Mass in the catacombs, surrounded by the bones and inspired by the stories of countless faithful Christians who gave their lives in love of Christ. We no longer have to hide our faith from the world around us, but we are so often afraid to confess what the world does not understand. I pray for their courage to live the faith that they so gladly died for. I seek their help when I am weakened by trials of this world. And I tremble thankfully that I am now entrusted with leading this community as we participate in the saving sacrifice of Jesus Christ. May the Eucharist we share truly be the food for our pilgrim journey.

Growing and Sharing in Jesus Christ,

Fr Nick



Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús “Un Año Después”

El año pasado en este tiempo, yo estaba en la peregrinación de la parroquia al lugar de nacimiento de San Aloysius y en otros de los varios sitios de Italia. Aunque escribí algunas reflexiones el año pasado inmediatamente después de regresar, una peregrinación es un evento que impacta nuestras vidas por muchos años. Una peregrinación verdadera no se trata de los sitios que se visitan y los videos que se comparten. Una peregrinación verdadera es un encuentro con la gracia de Dios que se revela a través del tiempo y nos inspira a continuar nuestro camino de fe. Es por eso que no se emprende una peregrinación cada año, ni tampoco se describe por los sitios que se visitan. A fin de apreciar completamente una peregrinación, debemos de ver cómo nos afecta después de regresar a casa, después de que la animación de las grandes catedrales y de las audiencias con el Papa se ha calmado.

Hace un año, tuve el privilegio de celebrar la misa en el lugar donde San Aloysius nació, en la Basílica de San Pedro, en la capilla de Campo Santo y en las catacumbas de San Calixto. Cuando celebrego la misa en nuestra iglesia, me siento profundamente conectado con el hombre joven de Castiglione que dejó su fortuna y su título para responder al llamado al sacerdocio. El nunca se ordenó sacerdote. En vez de eso, murió después de cuidar a los pobres y enfermos en las calles de Roma. Murió en la octava de la Festividad de Corpus Christi, agradecido por el ministerio que se le había encomendado de cuidar a los abandonados resultado de la plaga. Al celebrar la misa, estoy aún más agradecido por la gracia del sacerdocio que se ha encomendado a mí y consciente de mi responsabilidad de llevar el Cuerpo de Cristo a aquellos que son abandonados hoy día debido al SIDA, al tráfico humano o a la inmigración indocumentada.

Al predicar, a menudo recuerdo aquel punto en el jardín de Campo Santo donde se sabe que San Pedro fue martirizado. Me siento inspirado por la simple cruz en la cúspide de la gran basílica que tiene su nombre y trato de predicar aquella única gran verdad que une a toda la humanidad en el misterio del amor de Dios: la cruz es el amor que da vida al mundo.

Al inclinarme para besar el altar, venerando la reliquia de San Aloysius puesta ahí, me uno a aquel día en que celebré la misa en las catacumbas, rodeado por los huesos e inspirado por las historias de innumerables fieles cristianos que dieron su vida por amor a Cristo. Ya no tenemos que esconder nuestra fe del mundo que nos rodea, pero a menudo tenemos miedo de confesar lo que el mundo no entiende. Rezo por el valor que tuvieron de vivir una vida de fe por la cual con tanto gusto murieron. Busco su ayuda cuando me siento debilitado por la aflicciones de este mundo. Y tiemblo de agradecimiento por la encomienda de dirigir a esta comunidad en la participación del sacrificio salvífico de Cristo Jesús. Qué la Eucaristía que compartimos sea verdaderamente la comida de nuestro viaje de peregrinos.

Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús,

Padre Nicolás